

## ***La vida consagrada, escuela de santidad***

Queridos sacerdotes, Vicario para la vida consagrada, Fr. Timoteo, Responsables de CONFER en Ávila, queridos consagrados y consagradas: os felicito a todos muy cordialmente en la fiesta de la Presentación del Señor en el Año de la Vida Consagrada, en el que también celebramos el V centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús. El Papa Francisco ha dado dos razones por las que ha proclamado Año de la Vida Consagrada. La primera, por ser el 50 aniversario de la constitución dogmática sobre la Iglesia, cuyo capítulo VI está dedicado a los religiosos; y también porque celebramos el mismo aniversario del decreto *Perfectae caritatis*, sobre la renovación de la vida religiosa. Con este motivo el Papa os ha escrito una carta y un mensaje de los que haremos alguna referencia.

En su carta apostólica el Papa define a la «vida consagrada como un capital espiritual para el bien de todo el Cuerpo de Cristo... un don para la Iglesia, nace en la Iglesia, crece en la Iglesia, está totalmente orientada a la Iglesia. De aquí que, como don a la Iglesia, no es una realidad aislada o marginal, sino que pertenece íntimamente a ella, está en el corazón de la Iglesia como elemento decisivo de su misión, en cuanto expresa la naturaleza íntima de la vocación cristiana y la tensión de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo; pertenece a su vida y a su santidad» (III,5).

La vida consagrada es en la Iglesia y con la Iglesia “escuela de santidad”. Vosotros, vosotras, queridas religiosas, sois escuela de santidad. La santidad es la plenitud del *camino de perfección* que se recorre por medio de la consagración personal, de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, y de la vida fraterna en comunidad. En este *camino a la perfección evangélica* puede iluminarnos santa Teresa de Jesús, especialmente en este Año Jubilar.

Nos impresiona el grado de perfección al que llegó santa Teresa de Jesús. Pero al contemplar la vida de los santos corremos el riesgo de entender que la santidad es propia únicamente de aquellos que la alcanzaron por medio de virtudes heroicas. Por eso nos conviene recordar qué es la santidad y asumir gozosamente esa condición que poseemos todos los bautizados por nuestra participación en la santidad de Jesucristo.

### **1. El fundamento de nuestra santidad es Dios mismo, que es Santo**

«No hay santo como el Señor, ni otro fuera de ti, ni roca como nuestro Dios» (1Sm 2,2). De esta santidad participa el pueblo de Dios, que es santo: «seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19,3-6); y debe andar por el camino de la santidad: «sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo» (Lv 19,2). Jesucristo es verdaderamente “el Santo de Dios”, Aquel en quien la naturaleza divina se une a la naturaleza humana y la santifica. Porque Cristo es Dios, posee la plenitud del Espíritu Santo. Y de su santidad participa todo el pueblo de Dios, santificado por la sangre de Cristo: «vosotros sois linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo adquirido por Dios» (1Pe 2,9-10); «Cristo amó a la Iglesia y se entregó a ella para santificarla» (Ef 5,25).

La santidad del cristiano es, por consiguiente, una participación creada, pero verdadera, real y física (ontológica) de la santidad de Dios, de su vida intratrinitaria, que recibimos por medio del Bautismo. Mediante la gracia santificante, el cristiano participa de la naturaleza y de la santidad de Dios. Esta santidad ontológica del cristiano debe manifestarse al exterior en obras buenas, en la vida nueva en Cristo Jesús, es decir, en una santidad moral. A esta vida en santidad la Sagrada Escritura la llama “perfección”, perfección cristiana. Jesús habla de ella: «si quieres ser perfecto, vende todos tus bienes, ven y sígueme» (Mt 19,21), e invita a sus discípulos a este género de vida: «sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).

En esencia, la santidad consiste en la unión con Dios, que se realiza mediante el amor. La santidad es la plenitud del ser, en la perfección que está en darse, en amar. El Señor es el fin primero del amor humano: «amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas»; pero el amor de intimidad filial con Dios nos lleva al amor a los hermanos: «El primer mandamiento es amarás al Señor tu Dios... el segundo es semejante a él: amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 23,37-40). La perfección del amor se traduce en nuestra entera conformidad con la voluntad de Dios. La santidad consiste «solo en la conformidad con la divina voluntad, expresada en un continuo y exacto cumplimiento de los deberes del propio estado» (Benedicto XV, AAS 12 (1920) 173).

## **2. Todos estamos llamados a ser santos**

La santidad es una vocación universal, como universal es la salvación realizada por Cristo y continuada en el tiempo por la Iglesia. Entrar en la Iglesia es participar en la santidad del cuerpo de Cristo: «Todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la santidad» (LG 40); «no sólo los sacerdotes o los religiosos, también los laicos están llamados: En la

Iglesia todos, lo mismo quienes pertenecen a la jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad» (LG 39).

Por lo cual, renovemos hoy la llamada a la santidad. ¡Sed santos como vuestro Padre celestial es santo! Esta es la propuesta de los obispos a las Iglesias de España: «El V Centenario del nacimiento de Santa Teresa, doctora de la Iglesia, puede ser ocasión propicia para renovar nuestro compromiso en favor de una pastoral en la perspectiva de la santidad». Era la propuesta de Juan Pablo II al comienzo del II milenio: «En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad» (NMI 30). Lo que buscó siempre Teresa de Jesús fue hacer la voluntad de Dios, «es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1Tes 4,3); «en el camino de la santidad importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella» (C 21,2); y la pedía a sus hijas: «no dejéis arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones» (C 41,8). En realidad, los santos son los únicos que pueden cambiar el mundo: «Ellos nos estimulan con su ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión» (Prefacio de los santos II).

La vida de Santa Teresa nos confirma que la santidad no es un privilegio reservado a unas pocas personas apartadas del mundo: «Caro costaría, si no pudiésemos buscar a Dios sino cuando estuviésemos muertos al mundo. No lo estaba la Magdalena, ni la Samaritana, ni la Cananea, cuando le hallaron» (Ve 6); o que la santidad no es para nosotros: «Mirar que convida el Señor a todos, pues es la misma verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos, y aunque los llamara, no dijera, “Yo os daré de beber”. Pudiera decir: “Venid todos, que, en fin, no perdéis nada; y a los que a mí me pareciere, Yo los daré de beber”. Mas como dijo, sin esta condición, “a todos”, tengo por cierto que a todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará esta agua viva» (C 19,15).

### **3. Compromiso con la santidad de los demás**

El camino hacia la perfección evangélica, hacia la santidad de vida, debemos andarlo especialmente en los consagrados: «Mirad, yo envío a mi mensajero, para que prepare el camino ante mí» (Mal 3, 1). Vosotros sois esos “mensajeros”, porque vuestra vocación, carisma y misión brotan del gran Mensajero, Cristo Jesús. Vuestra vida ha de resplandecer como una luz, que nos invite a volver la mirada y el corazón a Dios, al seguimiento de Cristo y a las bienaventuranzas. «Es vuestra vida la que debe hablar -os dice el Papa Francisco-, una vida en la que se trasparenta la alegría y la belleza de vivir el Evangelio y de seguir a Cristo... Espero que *despertéis al*

*mundo*, porque la nota que caracteriza la vida consagrada es la profecía... La radicalidad evangélica no es sólo de los religiosos: se exige a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de manera especial, de modo profético. Esta es la prioridad que ahora se nos pide: *Ser profetas como Jesús ha vivido en esta tierra... Un religioso nunca debe renunciar a la profecía*».

El Papa Francisco nos asegura el gozo inmenso de responder al Señor: «Dispongamos por tanto nuestro corazón a ser «terreno bueno» para escuchar, acoger y vivir la Palabra y dar así fruto. Cuanto más nos unamos a Jesús con la oración, la Sagrada Escritura, la Eucaristía, los Sacramentos celebrados y vividos en la Iglesia, con la fraternidad vivida, tanto más crecerá en nosotros la alegría de colaborar con Dios al servicio del Reino de misericordia y de verdad, de justicia y de paz» (*Jornada mundial de oración por las vocaciones*, 11.5.2014). Santa Teresa también animaba a su hermano Antonio a consagrarse al Señor: «En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile» (V 4,1).

Hemos de avivar nuestra responsabilidad para promover vocaciones sacerdotales y religiosas, sin olvidar las vocaciones al sacramento del matrimonio, con campañas, tiempos de oración y reflexión sobre el seguimiento de Cristo. Y quienes hemos respondido a esta llamada, renovemos la respuesta que un día dimos, aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad, siendo modelo para los jóvenes que puedan preguntarse: ¿por qué yo no?

#### **4. La vida consagrada, reflejo de la luz de Cristo**

«Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2, 32): así señala Simeón al Mesías del Señor, al final de su canto de bendición. La luz, que resuena en el primer y segundo canto del Siervo del Señor, en el Deutero-Isaías (cf. Is 42, 6; 49, 6), está muy presente en la liturgia de hoy. Este signo, propio de la tradición litúrgica de esta fiesta, manifiesta la belleza y el valor de la vida consagrada como reflejo de la luz de Cristo.

La luz que nace de lo alto nos invita «primero, a alimentar una fe capaz de iluminar vuestra vocación, a reavivar la llama del *primer amor* con el que el Señor caldeó vuestro corazón; segundo, nos invita a una fe que sepa reconocer la sabiduría de la debilidad, no dudéis de que la *kenosis* de Cristo es ya victoria pascual; y tercero, nos invita a renovar la fe que nos hace ser peregrinos hacia el futuro. Por su naturaleza, la vida consagrada es peregrinación del espíritu, en busca del encuentro y la unión definitiva con Dios. Que éste sea el anhelo constante de vuestro corazón, el criterio

fundamental que orienta vuestro camino, tanto en los pequeños pasos cotidianos como en las decisiones más importantes» (Benedicto XVI, *Homilía*, 2.2.2013).

Queridos consagrados, así como Simeón y Ana se acercaron al templo movidos por el Espíritu, dejémonos nosotros mover por ese mismo Espíritu para salir al encuentro de Cristo. Que el Señor, sea el centro de vuestra vida para que habléis de la belleza y la alegría del evangelio, que vuestra fraternidad y vuestra consagración sean siempre una invitación, especialmente a los jóvenes, a recorrer el camino de la santidad y la perfección evangélica. Así sea.